

sus compañeros. Llegaron à la Rancheria poco despues de media noche, y al quererle poner cerco, fueron sentidos de los Nayeres: metieron mano à los alfanges, y casi sin deliberacion, se arrojaron desde el bordo del barranco à la profundidad del rio: uno de ellos, que movia con agilidad el alfange, tropezó al irse precipitado al agua con el Alferéz, que sintiendose herido en la garganta del pié, avisó à los suyos. Ciegos estos dos vezes con la obscuridad, y con la colera, dieron carga cerrada apuntando al rio, y solo ofendieron las balas à un muchacho, que quedó herido, y à una muger, que se halló muerta sepultada en las hondas.

Los Nuestrós reconociendo, que ya se havia errado el tiro, y que estava mal herido su Alferéz, tomaron la buelta, antes que amaneciera: afligió à todos aun mas, que el cansancio, y hambre, la sed, que apenas podian tolerar; pero à poco andar descubrió un Soldado en una peña agua bastante, para beber toda la Esquadra. Ivan mas alentados con el refrigerio, quando advirtieron, que les venian siguiendo innumerables Barbaros en ademán de acometerles: mandó el Alferéz, que se ocupasse la cumbre de un cerro, que estava limpio de Arboleda, sin tener otra planta, que un solo arbol: dió orden, que no se disparasse, hasta que los Indios embistiessen; pero estos se contentaron con cercar el cerro, que havian ocupado los Españoles. A este tiempo se hallaron los Soldados cercados de mayores congoxas, porque sobre estar faltos de sueño, el Alferéz aunque lleno de aliento, perdía las fuerzas, por lo mucho que se defangrava.

Resueltos à morir en defensa de nuestra sagrada Religion, hincados de rodillas rezaron tres vezes el Credo, y luego experimentaron el favor del Cielo, con una novedad impensada; porque aquella noche, en que dieron el assalto à la Rancheria de
Don

Don Alonso, llegó à la Puerta el Señor Governador, acompañado de buen numero de Soldados: supieronlo los Infieles sitiadores al tiempo mismo, que los Nuestrós clamavan à Dios por socorro; enviaron uno, que sin darse por entendido de la novedad con el Alferéz, le rogó en nombre de todos, que perdonára el atrevimiento de sus compañeros, à quienes havia cegado el sentimiento por la muerte de la India; y que procuráran luego sin dilacion retirarse, asegurando, que no les ofenderian mas, y que si querian por estar mas cerca, que el Presidio de San Francisco Xaviér de Valéro, caminar à la Mesa, él les mostraria el camino, como lo hizo; y siendo preciso baxar al rio, lograron en sus orillas, no solo agua para apagar la sed, sino muchos pezes, para mitigar su hambre. A los Indios, que encontraron allí, les experimentaron mui joviales, y officiosos, como les hallaron antes los dos Soldados, que havian quedado perdidos, y que por varios extravios guió la providencia, hasta juntarse en el rio con sus compañeros, con quienes llegaron al Pueblo de la Santissima Trinidad el dia treinta, y uno de Mayo, en que por Titular se havia celebrado la Fiesta solemne de este Augustissimo Mysterio.

CAPITULO XXIII.

*ENTRA DE NUEVO EL GOVERNADOR,
sossieganse las sediciones, y finalizase
la Conquista.*

ES mui ordinario, que quando à una grande affliccion sucede el alivio, se recibe como mui especialmente apreciable el consuelo. Afligidissimos se hallavan los Nuestrós con la ausencia del Governador
cau-

causa de tantos afanes, y tribulaciones; mas queriendo la Divina providencia consolarles, dispuso, que casi à un mismo tiempo llegasse à la Mesa la noticia de hallarse ya en la Puerta el Governador, y los dos Capitanes, no solo con algunos de los Soldados, que se hallavan fuera del Reino, sino con otros dos Conquistadores Evangelicos, que fueron el Padre Joseph Baurista Lopez, y Padre Joseph de Messa, à quienes passados algunos años arrancaron de esta Provincia sus continuos achaques. Fueron tan bien recibidos, como deseados; porque el Padre Visitador Antonio de Arias se hallava tan sin aliento, por haver conspirado contra su salud la hambre, y las enfermedades, que llegó casi à desconfiarse de su vida; siendole por esse motivo forzoso al Padre Tellez cargar con todo el peso. Poco despues vino el Governador con porcion bastante de alimentos, que alegró à todos por lo mucho, que havian padecido con la summa escasez de viveres.

Aumentó mas el consuelo la reduccion del rebelde Don Alonso, que, ò assombrado de la temeraria valentia del Alferes Carranza, y de su corta Esquadra, ò confuso con la no esperada buelta del animoso Gefe de toda esta Provincia, à quien solo temia, ò lo que es mas cierto, movido de las voces, y alabadas, que le dava la piedad Divina, para reducirle, la misma tarde del dia de la Santissima Trinidad, baxando uno de los Padres de la Mesa, à recibir à aquel tan deseado Cavallero, le salió al camino al llegar al Pueblo de Jesus, Maria, y Joseph. Y advirtiendolo, que ivan dos Soldados en su compania, avisó por medio de otro Indio al Misionero, que se apartasse de la vista de los Españoles, como lo hizo; y haviendole alentado, y asegurado su confianza, quedaron en que el dia siguiente, le avisaria por medio de aquel mismo confidente suyo del animo del Governador, que puso varios reparos, que difi-

dificultavan el perdon; mas por ultimo le dió por escrito con todas aquellas precauciones, y seguridades, que le dictava al intercessor su escrupulo. Asegurado ya assi Don Alonso, luego passó con toda su familia à la Mesa, consiguiendose de esta suerte una, aunque poco ruidosa, mas provechosa insigne Victoria; porque en solo aquel tan autorizado valiente Indio quedaron vencidos todos los que pervertia su tan terca obstinada malignidad.

Por este mismo tiempo despachó el Governador al Capitán Don Christoval del Muro al Pueblo de Huaximique, para sacar de alli, y restituír al Nayar à los Naturales refugiados, llevandose el despacho, que à este fin expidió el Señor Virrey. Se logró todo sin dificultad; porque ya aquellos fugitivos Barbaros suspiravan por su Patria, y havian pedido al Señor Presidente de Guadalupe Don Thomás Terran de los Rios congregarse, y formar Pueblo en Guainamota, como se executó despues; porque haviendo cometido el Señor Virrey la decision de este punto à aquella Real Audiencia con el informe, que hizieron el Señor Governador, y el Padre Visitador Antonio de Arias, por orden de aquel Real Senado se allanó todo, desvaneciendo los inconvenientes, que rezelava la cordura.

Y aunque despues de la larga possession de mas de cinquenta años de aquel sitio dentro de esta Sierra, se levantó à los Nayeres nueva contradiccion, quando passó à fundar, y administrar al Pueblo, señalado por el Padre Visitador, el Padre Joseph de Messa, y el Presidio, que puso el Governador à cargo del Capitán Don Santiago de Rioja, y Carrion, se desvaneció mui en breve; porque el Alcalde Mayor de Ostotipaquillo Don Agustin Fernandez de la Cueva dió possession al Misionero Jesuíta con especial gusto de los Indios, creciendoles aun mas con el conocimiento, que luego tuvieron de sus realzadas pren-

prendas: este prudente zeloso Obrero de la viña del Señor, valiendose, no solo del idioma Mexicano, en que era perito, sino de su agrado, afabilidad, y largueza, se hizo en breve tiempo dueño de sus voluntades; y à pocos meses el que era Pueblo de Cathecumenos parecia de Christianos mui antiguos: dióse à la Poblacion el Nombre de nuestro glorioso Padre San Ignacio, y al Presidio el del Santo Christo de Zacatécas.

A los primeros dias despues de aquella fundacion, le sucedieron al Padre Meffa dos casos, con que acabó de grangearse la grande veneracion, que en adelante aquellos Indios le tuvieron. El uno fué, que hallandose una India cercana ya à la muerte, avisado el Padre fué à visitarla; dispuesta con una breve instruccion, à que obligava la celeridad, con que por instantes se acabava, la bautizó à su peticion; y sin otra medicina recobró al punto la salud con admiracion de los Indios. Otra India ya anciana, y casi decrepita por los muchos años, que tenia, estava tan consumida de la enfermedad, que parecia un esqueleto: assistiala una India Christiana, y capáz, sin atreverse à avisar al Padre por la grande repugnancia, que tenia aquella enferma, y aun tan terrible horror al Bautismo, à la Religion Christiana, y al Missionero, que ya antes de enfermar, no se podia conseguir, que se pusiesse en su presencia: tanto aborrecia, y tan grande enfado le causava lo que podia facilitarle su conversion.

Con todo reconociendo, que ya se le acercava la muerte, lastimada la que assistia de enfermera de la perdicion de aquella alma desgraciada, resolvió avisar al Padre, que prontamente acudió, como que solo iba à visitarla: comenzóla à mover con la dulzura, y eficacia, que le dictava su zelo. Gastó sin fruto no poco tiempo, y advirtió, que à sus fervores se le oponia todo un yelo, y à sus ternuras un

duro

duro bronze. Salióse, para echarse à los pies de la Santissima Virgen, como lo hizo, pidiendole, que alumbrasse aquella miserable alma, y ablandasse su voluntad tan obstinada: à tan ardientes zelosos ruegos aquella celestial Señora condescendió benigna; porque bolviendose repentinamente la enferma à los que la assistian, les dixo, que llamassen luego al Padre, que queria bautizarse: vino con presteza aquel Apostolico Missionero, y despues de una breve instruccion, la bautizó, y à poco rato comenzó à hablar con expedicion, à tomar alimento, y à assegurar à los presentes, que luego, que recibió el Bautismo, sintió una notable alegria en el corazon, y grande alivio en todo el cuerpo; y fué de fuerte, que à pocos dias despues agradecida visitó al Padre ya perfectamente sana, y continuó tanto sus obsequios, que por repetidos pudieron parecer importunos.

Al mismo tiempo, que fueron à fundar el Pueblo, y Presidio de Guainamota el Capitán, y el Missionero, determinó el Governador passar à la Conquista de los Tecualmes situados en esta Serranía, aunque son de Nacion distinta de los Coras, con quienes solo para pervertirles se unian, tratandoles familiarmente, por tener sus Rancherias inmediatas à las suyas, y manteniendoles assi rebeldes con la ayuda de sus consejos. Passados ya cinco meses despues de la toma de la Mesa, ni de ellos, ni de los Coras sus vezinos havia venido alguno à dar la obediencia; y aunque no pocos se refugiaron en el Pueblo de Tonalisco, muchos perseveravan en sus barrancos aun tercios, y tan obstinados, que se havian arrogado desde la desgracia del Capitán Bracamonte, el nombre de belicosos, siendo solo de palabra valientes presumidos, y en la realidad cobardes. Aunque era el mes de Julio, en que ya arreciavan las aguas, y crecian los rios, se emprendió obra tan gloriosa, como importante.

Cc

Sa-

Salió el Señor Governador con buena escolta de Soldados; y aunque hallaron muy malos los caminos por las lluvias, siendo por esse motivo dos vezes peligrosos, vencieron tan graves dificultades, y llegaron à las Rancherías de los Tecualmes, que estavan desamparadas; porque al descubrir nuestras Esquadras, sin atreverse à medir sus armas con las nuestras, cedieron el Campo, y la Victoria con una declarada fuga: encaminaronse unos à las asperezas de la Sierra, siguiendoles los Nuestrros con tal presteza, que aprehendieron à algunos: arrojaronse otros al rio, para dexarles burlados, imaginando, que su caudalosa corriente les embarazaria los passos; pero los Nuestrros, capitaneandoles mas con su exemplo, que con el mando el Señor Governador, valieronse de los troncos secos, que havia en la orilla del rio, y rompieron sin peligro la muralla, que se havian formado de las ondas: asombrados los Indios de la osadía, y felicidad de nuestros Soldados, unos se dieron à la discrecion, y piedad del General, y otros à la fuga, aunque no tardaron en reducirse casi todos: con estos, con los que sacaron de Tonalisco, y con los Coras, que cogió el Capitán Don Luis de Aumada, se formaron dos Pueblos, uno de Coras, y otro de Tecualmes, mediando solo entre los dos el caudaloso rio de San Pedro. Al primero se le dió el nombre de San Juan Bautista; al segundo el del glorioso Principe de los Apostoles, por haverse finalizado en su dia la Conquista, de cuya conclusion avisó luego el Governador al Señor Virrey, quien no solo le dió las gracias, sino el Título de Coronel de Infantería Española con el sueldo, que perciben de su Magestad en este Reino los que tienen esse grado.

No quedava ya Ranchería, que, ò voluntariamente, ò por fuerza no huviesse sujetado al yugo de la obediencia su rebelde cuello; mas en casi todas fal-

tavan

tavan muchos, que se mantenian, ò temerosos, ò obstinados en los barrancos con algunos Principales, siendo los mas celebres el *Nopale*, el *Mesquite*, y el *Tamatini*, à quien le dió este nombre el concepto de Sabio, en que le tenian estos pobres ignorantes. Por ultimo se rindieron todos con la industria, y zelo infatigable de los Missioneros, à quienes sin duda se deve el titulo glorioso de verdaderos Conquistadores de este Reino, aunque sin el estruendo, y aparato Militar, jugando solas las armas del cariño, y de su Apostolico zelo, con que, ganandoles las voluntades, les facavan sin violencia de sus escondrijos à vivir como racionales, sin otra fuerza, que la que hazen à la razon, aunque de un Barbaro, la bondad de la vida, la suavidad de un sincero amor, el agrado, la mansedumbre, y la liberalidad, no pocas vezes tan costosas, que por socorrer à los necesitados Nayeres con el escaso alimento, que para sí tenian, se vieron algunos à riesgo de perecer à los lentos rigores de la necesidad.

Desde los Pueblos de San Juan, y de San Pedro passó el Governador al de San Ignacio de Guainamota, para acabarle de formar, y para reducir algunos Indios cercanos à aquel parage. Perseveravan aun rebeldes, y obstinados, gobernados por una India Apostata, llamada *Juana Burro*, que havia años, que vivia en esta Serranía, y tenia por marido à un Indio Gentil Nayerita. Esta tuvo tal osadía, que aun despues de ganada la Mesa, envió à desafiar à los Españoles, asegurandoles, que ni ella, ni los suyos mudarian alojamiento, para que, sabiendo el sitio, les hallassen facilmente, siempre que gustassen medir sus armas con las de aquella su valiente Tropa. Celebróse con risa la embaxada; y sin duda se le huviera dado luego el assalto, si la inconstancia mugeril no le huviera aconsejado mudar dictamen, huyendo el peligro, que ya rezelava, y pensava escusar en el barranco,

Cc 2

que

que eligió para resguardo de su Persona, sin cuidar de los demás, que al vér tan llena de temores à la que les alentava, se dividieron, buscando cada uno donde asegurarse.

No pudo adquirirse noticia del parage, en que se hallava esta India, hasta que la descubrió una contingencia, que ya refiero. Salió del Presidio de Guainamota, aunque à otro intento, el Sargento Francisco Flores, y una Esquadra de Soldados; advirtió, por haverse extraviado à otra importante diligencia, que un Indio, recatandose de su vista, procuró ocultarse entre la maleza: llamó à su Tropa, y con el cerco, que le pusieron le sacaron, y sin otro apremio, que preguntarle el parage, en que vivia, lo confesó, guiandolos hasta la Rancheria, donde con otros muchos hallaron à la belicosa Juana; y aunque eran superiores en numero, se entregaron luego sin resistencia, rindiendo las armas: fué la India la primera, que movió à los demás, y habiendoles llevado al Pueblo, y bautizandose à su tiempo el marido, se casaron *in facie Ecclesie*. Al principio se mostró muy afecta al Missionero, y à los Militares; mas passados algunos años, se conoció lo radicado, que tenia las astucias de su terco natural, muriendo por ultimo fugitiva, donde no se si lograria confessar sus continuas grandes maldades.

Compuesto ya el Pueblo de Guainamota, y fundado el de nuestra Señora del Rosario en Tacualoyan, repitió el viaje à su hacienda el Governador con el sentimiento, de que huviesse quedado infructuosas sus diligencias, por no haver cogido con tantas al *Tamatini*, de quien se temia, que con sus engaños mantendria obstinados à los muchos, que aun repugnavan rendir el cuello al suave yugo de la Ley. Y aunque no hubo Indio, que quisiese descubrir el parage, en que se hallava, por fin se llegó à saber, que estava como Barbaro en una cueva echado sobre muchos huevos de gallina, fomentandoles con el calor

natu-

natural de su cuerpo, para que, como persuadia neciamente à los suyos, saliesse Soldados valientes, que ayudassen à los Nayeres. Por ultimo passados algunos meses, viendo todos, que su promessa havia parado en humo, defengañados le desampararon. Al mirarse el ignorante Indio ya sin credito, y sin sequito, determinó, como lo hizo, irse à vivir al Pueblo de Santa Gertrudis; mas estuvo siempre tan obstinado en su Idolatría, que Dios, para castigar su rebeldía, le envió una fiebre mortal, sin saberlo el Padre Missionero, por haverle acometido aquella enfermedad en un barranco, à que se havia retirado, y donde murió desgraciadamente en su antigua infidelidad, despues de haver acalorado la sublevacion, que con mucha repugnancia trasladará al papel la pluma, dexando no poco en el silencio, para no mancharle con los borrones, que afearian esta Historia.

CAPITULO XXIV.

SUBLEVANSE QUATRO PUEBLOS, Y devefe à la constancia de los Missioneros, que se mantenga sossegado el resto del Nayar.

Comenzó à florecer la Christiandad en los Nayeres por la incansable aplicacion, y eficacia de los Missioneros, y à corresponder tan copioso fruto à sus sudores, que parecian todas las Poblaciones de esta Provincia como una de Christianos ya antiguos, experimentandose tan grande sosiego, y quietud en los Indios, que no solo caminavan ya por toda la Serbanía sin escolta de Soldados, sino que sus armas ya se consideravan casi ociosas, y se juzgava con razon, que ya solo se havia de tratar de fabricar rejas, que

ayu-